

Ángel Guinda

*Miguel Hernández:  
Vida poética y poesía viviente*

Charla pronunciada el 27 de Agosto de 2009 en el salón de plenos del Ayuntamiento de Litago (Zaragoza), con motivo de la inauguración del VIII Festival Internacional de POESÍA MONCAYO: “Vientos del pueblo me llevan - Homenaje a Miguel Hernández”.

*Miguel Hernández: Vida poética y poesía viviente*

Autoridades: Ilustre Sr. D. Feliciano Tabuena, Diputado delegado del Monasterio de Veruela y Sr. Alcalde de Litago, D. Pedro Herrero.

Organizadores: Trinidad Ruiz-Marcellán y Marcelo Reyes, Fundadores de la Asociación Cultural Olifante.

Directora de la Casa del Traductor , Dña. Mercedes Corral.

Asociación ALAM de Artistas del Moncayo.

Artistas y poetas participantes en este VIII Festival Internacional de Poesía Moncayo en homenaje a Miguel Hernández. Entre aquéllos: Luis Felipe Alegre, director del grupo teatral de espectáculos poéticos El Silbo Vulnerado; Alam Folk y El Acebo del Moncayo; las bailarinas Isabel Pérez y Emma Luna; el artista total Luigi Maraetz, la pianista turca Âlime Hüma, los músicos Kike Reyes, Teresa Gil y Patricia Villada. Entre los poetas: mi buen amigo y valedor Manuel Forega, el gran portugués Casimiro de Brito -a quien tuve la suerte de conocer en el festival francés *Voix de la Méditerranée*, de Lodève-, los jovencísimos Gonzalo Escarpa, mi admirado cómplice en Madrid, y José Manuel Aznar, en la Comarca del Moncayo; Brenda Ascoz, Dolan Mor, Agustín Porras...; mis entrañables catalanes Marian Raméntol y Cesc Fortuny; el escritor Miguel Mena...

Pregonera del Festival: Teresa Gallego.

Y público presente : Muchas gracias por vuestra asistencia.

Que me veáis aquí, hablándoos de Miguel Hernández, y no entre vosotros, escuchando, se debe a la frivolidad del azar.

Cuando Trinidad me propuso pronunciar esta charla, le agradecí la confianza que en mí depositaba y el privilegio que me concedía, pero le recordé que había personalidades mucho más autorizadas que yo para hablaros del significado de la figura de nuestro poeta (Orihuela, 1910 - Alicante, 1942).

Le cité a Ian Gibson, el mejor especialista en García Lorca, biógrafo también de Antonio Machado, de Hernández y autor del estudio *Cuatro poetas en guerra*, siendo Juan Ramón Jiménez el primero del referido cuarteto.

Contactamos con Gibson: ella epistolarmente, gracias a Gonzalo Escarpa; yo, de manera tan directa como casual ya que somos vecinos del barrio de Lavapiés, en Madrid, y coincidimos alguna vez en el bar “Asturiano” de la calle Argumosa a la hora del vermú. A los dos nos manifestó, con mucho pesar, la imposibilidad de participar en este VIII Festival debido a un compromiso previamente adquirido en el extranjero.

Tampoco podía acompañarnos, por otros imponderables, nuestro amigo y catedrático zaragozano Agustín Sánchez Vidal, que dedicó su tesis doctoral al autor de *El Silbo vulnerado* y a cuya lectura en la Facultad de Letras de la Universidad de Zaragoza tuve la suerte de asistir hace ya más de treinta años.

Recuerdo que presidía el tribunal D. José Manuel Blecua, máxima autoridad en Quevedo. Cuando Sánchez Vidal terminó su exposición, Blecua - ya sordísimo a finales de los años 70- felicitó a Agustín por sus investigaciones hernandianas y, llevándose la mano a una oreja, apostilló: “Me extraña muchísimo que usted no haya reparado en esa extraordinaria aliteración recogida en el primer verso del soneto de *El rayo que no cesa*, que dice ‘Umbrío por la pena, casi bruno”.

El tiempo se echaba encima, urgía cerrar el programa del Festival e iba a resultar infructuoso el intento de contactar con el excelente biógrafo de Hernández, José Luis Ferris.

Así que aquí me tenéis en calidad de conferenciante suplente, abrumado de honor y responsabilidad aunque enormemente feliz y agradecido.

## I

Desde una consideración personal, intentaré transmitir un resumen de los acontecimientos biográficos y literarios acerca de Hernández, que podéis ampliar en su propia obra así como en la rica y extensa bibliografía de sus estudiosos más especializados.

En cuanto a los literarios (y por la escasa disponibilidad de tiempo) me centraré únicamente en su producción poética, aparcando su estimable aportación teatral y su prosa (formada por las numerosas cartas que envió y las crónicas de guerra publicadas en boletines de la milicia roja).

Me ajustaré a lo que pienso, siento, intuyo y heredo de su escritura, de su testimonio vital y que considero puede beneficiaros, como me ha beneficiado a mí, en vuestra convivencia con la lectura de sus textos y con la memoria de su personalidad.

Conforme la exposición lo aconseje, leeré algún texto del más importante miembro de la Generación del 36 porque, en definitiva, es su palabra la que más nos interesa.

Miguel fue un hombre nacido para ser poeta. Ninguna adversidad ni dificultad insalvables habrían de impedirselo. En este sentido tuvo un punto maquiavélico, silenciado por la crítica, que podía moverle a pactar con Dios y con el diablo cuando él lo consideraba oportuno o necesario para conseguir sus objetivos.

## II

Tres circunstancias marcaron mi acercamiento a la obra y vida de Hernández así como la profunda instalación de ambas en mi existencia.

### Primera

Siendo yo adolescente y estudiante de Bachillerato en el Instituto Goya de Zaragoza tuve la suerte de recibir clases de Literatura Española de dos magníficos profesores: Jesús Alda Tesán, en sexto; y Carmen Sender (hermana del novelista aragonés Ramón J. Sender), en Preuniversitario.

Un día, Don Jesús nos confesó haber sido amigo del poeta que estaba explicando en ese momento y que era Miguel Hernández. En efecto, Jesús Alda fue colaborador y miembro del consejo de redacción de la revista *El Gallo Crisis*, fundada en Orihuela por Ramón Sijé (seudónimo de Pepe Marín), el catolicísimo amigo íntimo y guía literario de Miguel quien, tras la temprana muerte de aquél, escribió la inmortal “Elegía”, una de las tres mejores composiciones poéticas de este género en la literatura española; las otras son “Coplas a la muerte de su padre”, de Jorge Manrique, y “Llanto por Ignacio Sánchez Mejías”, de Federico García Lorca.

Esa misma tarde leí y releí hasta la saciedad este tremendo monumento al dolor que, magistralmente, musicó y canta Joan Manuel Serrat, y que aquí reproduzco, fragmentado:

## ELEGÍA

*En Orihuela, su pueblo y el mío,  
se me ha muerto como del rayo  
Ramón Sijé, con quien tanto quería.*

Yo quiero ser llorando el hortelano  
de la tierra que ocupas y estercolas,  
compañero del alma, tan temprano.  
.....

Un manotazo duro, un golpe helado,  
un hachazo invisible y homicida,  
un empujón brutal te ha derribado.

No hay extensión más grande que mi herida,  
lloro mi desventura y sus conjuntos  
y siento más tu muerte que mi vida.  
.....

Temprano levantó la muerte el vuelo,  
temprano madrugó la madrugada,  
temprano estás rodando por el suelo.

No perdono a la muerte enamorada,  
no perdono a la vida desatenta,  
no perdono a la muerte ni a la nada.

En mis manos levanto una tormenta  
de piedras, rayos y hachas estridentes,  
sedienta de catástrofes y hambrienta.

Quiero escarbar la tierra con los dientes,  
quiero apartar la tierra parte a parte  
a dentelladas secas y calientes.

Quiero minar la tierra hasta encontrarte  
y besarte la noble calavera  
y desamordazarte y regresarte.

Volverás a mi huerto y a mi higuera:  
por los altos andamios de las flores  
pajareará tu alma colmenera

de angelicales ceras y labores.  
Volverás al arrullo de las rejas  
de los enamorados labradores.

Alegrarás la sombra de mis cejas,  
y tu sangre se irán a cada lado  
disputando tu novia y las abejas.

Tu corazón, ya terciopelo ajado,  
llama a un campo de almendras espumosas  
tu avariciosa voz de enamorado.

A las aladas almas de las rosas  
del almendro de nata te requiero,  
que tenemos que hablar de muchas cosas,  
compañero del alma, compañero.

(18 de enero de 1936)

La segunda circunstancia que me aproximó al autor de la “Elegía” fue la amistad con mi primer editor, el poeta aragonés Luciano Gracia, quien se definía así en uno de sus poemas:

Luciano Gracia Bailo,  
asiduo peregrino de rastros  
y recluso indultado por la guerra.

Luciano era apenas siete años menor que Hernández, de la misma Generación del 36. Y su poesía había absorbido el tuétano vital, ideológico y estético del autor de *Viento del pueblo*.

En 1970 Julio Antonio Gómez y Luciano Gracia editaban en la Colección Fuendetodos *Mundo a solas*, de Vicente Aleixandre. Con tal motivo viajaron a Madrid para ofrecer al poeta malagueño, que pronto recibiría el premio Nobel de Literatura, los primeros ejemplares de la edición. En esa coyuntura favorable

Luciano manifestó a don Vicente, en casa de éste, su ilusión e interés por conocer a Josefina Manresa, viuda del poeta pastor, para manifestarle sus respetos, reconocimiento y apoyo.

Aleixandre había sido íntimo amigo de Hernández, a quien entregó un reloj de oro como regalo de boda; reloj que, paradoja del destino, paró el tiempo de la libertad de Miguel cuando, intentando huir a Portugal, fue detenido por la Guardia Civil a la cual no cuadraba que un hombre con tan mal aspecto físico y de indumentaria llevase un reloj de esa categoría: la autoridad sospechó que lo había robado y por ello fue conducido al cuartelillo, identificado, golpeado y encarcelado.

Dos años y medio más tarde Luciano me comunicaba, con loco entusiasmo, que la gestión de Aleixandre para visitar a Josefina había funcionado y deseaba cumplir su sueño cuanto antes. Tras acordar telefónicamente el encuentro, me pidió que le acompañase. Un fin de semana de 1973 viajamos a Elche en mi coche. Era una tarde de primavera cuando recorríamos lentamente la calle Reina Victoria hasta llegar al pequeño portal y subíamos al primer piso por una escalera estrechísima. Llamamos al timbre, se abrió la puerta y apareció Josefina vestida de negro, el cabello gris y blanco, sobria en la amable expresión y en sus palabras, tan modesta y celosa de su imagen que no permitió ser fotografiada. Se la veía muy cansada, casi ciega, sin dinero para una urgente operación por parte del doctor Barraquer en Barcelona.

Me impresionó la sencillez del recibidor de la casa, la humildad de los muebles del comedor en el que tomamos café y conversamos con ella poco menos de una hora. Mi amigo le ofreció, dedicado, un ejemplar de su libro *Hablan los días* que incluía un poema a la memoria de Miguel Hernández, titulado, significativamente, “Me llamo barro aunque Miguel me llame”.

Conservo algunos comentarios de la viuda en respuesta a determinadas preguntas de Luciano. “Miguel no era triste como dicen. Era alegre y dispuesto a animar a los que le rodeaban”.

“Casi vivíamos y vivimos del aire”. “Nos ayuda Aleixandre, siempre nos ha ayudado”. “En los dos últimos años he cobrado noventa mil pesetas de la Sociedad General de Autores por los derechos de los poemas de mi marido a los que ha puesto música y voz Serrat”. “Si Miguel escuchase cantar hoy el poema que le escribió a su íntimo amigo Pepito Marín lloraría de pena y de alegría” (se refería a la “Elegía” a Ramón Sijé).

Mientras Luciano, con exaltación contenida, confesaba a Josefina su devoción por la poesía de su marido y el personal e íntimo dolor solidario por los últimos años de vida del poeta, de prisión en prisión (Torrijos, Seminario de Orihuela, la madrileña de la calle Conde de Toreno –donde Buero Vallejo le retrata el 25 de enero de 1940-, Palencia, Yeserías, Ocaña y el Reformatorio de Adultos de Alicante) mientras tanto, decía, yo recordaba, en silencio y sobrecogido por el mito hecho realidad, uno de los tres sonetos de *El rayo que no cesa* inspirados por ella cuando Miguel la pretendía. Son los otros “Me tiraste un limón, y tan amargo” y “Una querencia tengo por tu acento”.

Este es el soneto evocado:

Te me mueres de casta y de sencilla:  
estoy convicto, amor, estoy confeso  
de que, raptor intrépido de un beso,  
yo te libé la flor de la mejilla.

Yo te libé la flor de la mejilla,  
y desde aquella gloria, aquel suceso,  
tu mejilla, de escrúpulo y de peso,  
se te cae deshojada y amarilla.

El fantasma del beso delincuente  
el pómulo te tiene perseguido,  
cada vez más patente, negro y grande.

Y sin dormir estás, celosamente,  
vigilando mi boca ¡con qué cuidado!  
para que no se vicie y se desmande.

Conmueve saber hoy que los demás sonetos del libro no fueron motivados por su novia sino por la poeta murciana María Cegarra y la atormentada relación que su autor vivió en Madrid con la pintora Maruja Mallo, con quien conoció la experiencia del sexo compartido. El incesante rayo que los recorre se refiere al sufrimiento que le dejó ese apasionado amor. Pero Maruja que, previamente, ya se había instalado en la vida de Alberti y de Pablo Neruda, no era mujer estable para ningún hombre, así que Hernández tuvo que conformarse con su amistad y colaboración en los decorados para las obras teatrales.

Miguel, el hijo superviviente de Josefina y de nuestro poeta, nos esperaba en un bar próximo donde pasaba las horas. No trabajaba. Cuando nos reunimos con él encontramos, embargados de preocupación y de tristeza, a un joven amargado y prácticamente alcoholizado. Un joven aplastado por el peso de la historia, que no pudo asimilar la gloria del padre ni sus padecimientos, unidos a la constante penuria y adversidades de la madre. Un joven aplastado también por el peso de su propia historia, tatuada desde niño por un angustioso sentimiento de culpa al escuchar de boca de sus compañeros y de los mayores expresiones de rencor: “Por tu padre está pasando esto...y todo lo demás”.

La tercera y última circunstancia que me empujó hacia la vida y obra de Miguel Hernández fue mi encuentro en Madrid, en 1990, con el dramaturgo Antonio Buero Vallejo, cuya producción teatral y trayectoria humana ya admiraba y con quien había mantenido correspondencia epistolar durante mis últimos años zaragozanos, a raíz del estreno en el Teatro Principal de su obra *El concierto de San Ovidio*.

Una tarde otoñal, próxima al estreno del *Don Juan Tenorio* de esa temporada, conversamos en la Cervecería Alemana, de la plaza de Santa Ana, en compañía de dos amigos comunes: Ramón de

Garciasol y Leopoldo de Luis (otro exquisito especialista, investigador y editor literario de la poesía de Hernández).

Con Buero hablé de nuestra militancia comunista y del abandono de la misma, de la reciente formación de Izquierda Unida como coalición de partidos políticos de izquierda con tendencia republicana y mayoría representativa del PCE, del barrio madrileño de Carabanchel Bajo en el que los dos habíamos vivido, de la tragedia social y moral del individuo en *El tragaluz* y en *Historia de una escalera*, de su precaria salud y, por supuesto, de Miguel Hernández. Al comentarle que en el retrato que hizo a Miguel le sacaba muy favorecido, replicó que en el momento de su realización era consciente de que estaba dibujando a Miguel para la Historia, y que sí, que, recordándole en un encuentro anterior, le había idealizado un poco, tal vez para que nosotros no le viéramos en circunstancias lamentables, débil y demacrado. Nos insistió en que Miguel era el hombre más íntegro y coherente con sus ideas que había conocido.

### III

Varios sucesos y acontecimientos en la vida de Miguel Hernández condicionan su existencia, marcan su personalidad y determinan su obra. Citaré los más importantes:

- Su formación académica no fue tan escasa como se piensa. Con cinco y seis años asistió, en Orihuela, al parvulario del Centro Ntra. Sra. de Montserrate, donde aprendió a leer y escribir. Tras un paréntesis de dos cursos sin escolarizar, recibió estudios primarios en las Escuelas del Ave María, de los Jesuitas, durante cinco cursos, con el máximo rendimiento académico. Y con trece años ingresa en el Colegio de Santo Domingo para cursar el Bachillerato. Año y medio más tarde muere el tío Francisco, hermano de su padre, y éste (pese a la resistencia del profesorado) saca del Colegio a su hijo para que se reincorpore al pastoreo; los amigos le recriminan semejante actitud y le aconsejan iniciarle en algún aprendizaje profesional mejor para su futuro: es entonces cuando entra a trabajar en el comercio de tejidos El Globo; pero los almacenes se incendian y Miguel vuelve al pastoreo. Aunque su enriquecimiento cultural no se interrumpe. El canónigo Luis Almarcha -que llegaría a ser obispo de León y pagará la edición del primer libro del poeta- pone su biblioteca personal a disposición del joven, que leerá a los clásicos con buen aprovechamiento.
- El sentimiento de pérdida y constante presencia de la muerte tatará su sensibilidad con el fallecimiento no sólo del tío Francisco. Esa grave experiencia le había afectado tiempo atrás con la muerte de tres hermanas: Concepción, en 1915; Montserrate, en 1916, con doce meses de vida, cuando Miguel tenía seis años; y Josefina, en 1919, con cinco años, cuando el futuro poeta tenía nueve de edad. Sobrevivieron Vicente, cuatro años mayor; Elvira, con dos años más que

él; y Encarnación, menor en siete años. A estas muertes hay que añadir la de su primer hijo y la del padre de Josefina, guardia civil asesinado en Elda por un grupo de milicianos que “nada sabían de la honestidad de aquel hombre de bien”.

- La austeridad y severidad del padre. Una austeridad en lo económico que, como acabamos de ver, le impidió continuar los estudios. Una severidad de carácter que, por ejemplo y respecto a los constantes encarcelamientos de Hernández, le llevó a decir lacónicamente: “Él se lo ha buscado”. Un padre tan duro, frío y férreo que ni siquiera atendió el ruego de su hijo para que fuese a visitarle al Seminario de Orihuela convertido en prisión al poco de comenzar la guerra.
- La adversidad sentimental. Su amor platónico de adolescencia, Carmen Samper, le rechazó porque tenía ojos de loco. La verdad es que lo desorbitado de los mismos obedecía al hipertiroidismo que le aquejaba. Josefina le hizo sufrir mucho hasta que aceptó salir con él. Cuando apareció *El rayo que no cesa*, que Miguel había prometido dedicarle, éste debió esforzarse en inventar una coartada de mentiras piadosas para justificar la dedicatoria que encabezaba la edición, dirigida, en realidad a Maruja Mallo en estos términos: “ A ti sola, en cumplimiento de una promesa que habrás olvidado como si fuera tuya.” La otra mujer con la que se ilusionó fue la ya mencionada poeta murciana María Cegarra, diez años mayor que él, autora del libro *Cristales rotos*, quien, pasado el tiempo, le respondió con el más absoluto y definitivo silencio.
- La relación fraternal con Pepito Marín Gutiérrez, católico radical y estudiante de Derecho, que se convirtió en su guía espiritual y literario y a cuya familia consideraba unos segundos padres y hermanos.

- La amistad y complicidad literaria con Carlos Fenoll, joven panadero y poeta mediocre que tenía una tertulia literaria en su tahona.
- El apoyo permanente y la fiel amistad que le concedió hasta el final José María de Cossío, quien favoreció su definitiva permanencia en Madrid contratándole para la editorial Espasa Calpe como secretario personal en la redacción de biografías de toreros destinadas a la Enciclopedia *Los toros*. Cossío le relacionó con influyentes personalidades y se movilizó con eficacia para conseguir el indulto de la pena de muerte a la que el poeta fue condenado.
- Su experiencia de hombre sin techo. En el invierno madrileño de 1932 Miguel durmió al raso cuando se le acabó el dinero con que pagarse la pensión.
- Las relaciones literarias con algunas de las cumbres de la literatura del momento: García Lorca (quien acabó evitándole, debido a la casi tirana petición de ayuda para su poesía y para el estreno de sus obras teatrales), Cernuda (cuyo espíritu dandy le distanció de Miguel por su aspecto rudo, comportamiento primario e indumentaria rural), Vicente Aleixandre, Pablo Neruda, José Bergamín y María Zambrano, entre otros.
- Su activa participación en las Misiones Pedagógicas entre febrero y mayo del 35, por pueblos de Castilla León, de Castilla La Mancha y de Andalucía, acercando la cultura a las gentes del medio rural en forma de libros, discos, cine y teatro.
- La afiliación al Partido Comunista de España, con número de carnet 120.295, de la mano de Alberti y de M<sup>a</sup> Teresa León.

- La incorporación al Ejército republicano en el Quinto Regimiento, comandado por *El Campesino*, y su intervención en el Frente con cargo de Comisario político.
- Su estancia en Rusia durante el mes de septiembre de 1937, con presencia en Moscú, Leningrado (hoy San Petersburgo) y Kiev.
- La larga cadena (o *via crucis*, como acertadamente la califica Sánchez Vidal) de prisiones que tuvo que recorrer (hasta doce en la última etapa de su vida) con un progresivo deterioro de su salud que le llevaría a la muerte.

## IV

La poesía de Miguel Hernández reúne los elementos que conviven y los contrastes que combaten en el hombre que es su autor y en la personalidad que le caracteriza, a saber: lo sagrado y lo profano, lo apolíneo y lo dionisiaco, lo inefable y lo telúrico, la frialdad y la incandescencia, la soledad y lo sociable hasta la solidaridad, el compromiso y la acción.

Permitid que me apoye en un punto de mis propias reflexiones acerca de la creación literaria, el que reclama “Escribir como se vive”, para afirmar que Hernández escribió siempre como vivió en cada etapa de su existencia, más aún: de su resistencia. La autenticidad es el rasgo mejor de su producción literaria. Y es tal constatación la que ha motivado el título de esta charla.

Hay varios poetas en el poeta Miguel Hernández, quiero decir, en el desarrollo del poeta que conseguirá su voz y estilo propios:

- un poeta incipiente, titubeante, apegado a su condición de pastor en contacto diario con la Naturaleza, que nace a las letras de molde con 19 años, el 13 de enero de 1930, cuando ve publicado en el periódico *El Pueblo*, de su Orihuela natal, el poema “Pastoril”, al que pertenecen estos versos:

Decía que me quería  
tu boca de fuego llena.  
¡Mentira! –dice con pena-  
¡ay! ¿por qué me lo decía?  
.....

Poeta primerizo que escribe más por inercia natural y de lecturas (Garcilaso, Lope de Vega, Calderón, Bécquer, Rubén Darío, Gabriel y Galán, Juan Ramón) que por el

impulso y la necesidad de expresar vivencias personales de valor universal.

No obstante, en algunos poemas ya se adivina que el jovencísimo soñador tiene madera de poeta, como en el titulado “A mi alma”:

Murmuran que hablo muy poco,  
alma, los que nada saben  
de nuestros largos coloquios.

tan cercano al Antonio Machado de “Proverbios y cantares”:  
O en “Imposible”, cuyo estribillo (¡yo quiero morir  
viviendo!) bien pudo inspirar al mismísimo Blas de Otero  
estos versos: “Si me muero será porque he vivido.../ Si me  
muero que no me mueran antes...” Comienza así el poema  
de Hernández:

Quiero morirme riendo,  
no quiero morirme serio;  
y que me den tierra pronto...  
pero no de cementerio.  
No quiero morir –dormir-,  
no quiero dormir muriendo  
en un estéril jardín...  
¡Yo quiero morir viviendo!

- Un poeta sorpresa dentro del Hernández más poeta es el que aparece radicalmente definido hacia el culteranismo de Góngora en su primer libro, *Perito en lunas*.

Jorge Urrutia aclara el significado existencial y estético del título al considerar a su autor perito en poemas, experto en escribir poemas.

Miguel se ha planteado el reto de demostrar a los círculos literarios de Madrid su pericia poética, su asombrosa

capacidad metafórica, con el fin de obtener por parte de los patriarcas de la poesía del momento el carnet (es un decir) oficial de poeta. Octavas reales sin título empapadas de gongorismo y mimetizadas con las greguerías de Gómez de la Serna, con la fría geometría de Jorge Guillén, la atmósfera de Paul Valéry o el surrealismo de Dalí. Textos próximos a la estética del acertijo, como ya advirtió Gerardo Diego; adivinanzas herméticas, bellas luces opacas proyectadas como sombras del lenguaje por la luz abierta de la cosa o concepto tomados como referencia. Tal era la dificultad de comprensión de los poemas, que Miguel se ayudaba de pizarra y tiza o de un cartelón dibujado por el pintor Francisco de DÍe para la lectura en público de los mismos.

El libro pasó tan desapercibido, con escasas y apenas elogiosas críticas, que su autor escribirá una dura y engreída carta a García Lorca pidiéndole ayuda, a la que Federico contesta:

“Mi querido poeta: (...) Tu libro está en el silencio, como todos los primeros libros, como mi primer libro (...) Escribe, lee, estudia, ¡LUCHA! No seas vanidoso de tu obra. Tu libro es fuerte, tiene muchas cosas de interés y revela a los buenos ojos pasión de hombre, pero no tiene *más cojones*, como tú dices, que casi todos los poetas consagrados (...) Los libros de versos, Miguel, caminan muy lentamente...”

Citaré como muestra de *Perito en lunas* “(Sexo al instante, I), que bien podría llamarse “Orgasmo” e incluso, para nuestra mejor comprensión, “Masturbación”:

A un tic-tac, si bien sordo, recupero	(acompañado sonido del masturbar)
la perpendicular morena de antes,	(erección)
bisectora de cero sobre cero,	(pene erecto entre testículos)
equivalentes ya, y equidistantes.	
Clama en imperio por su fuero,	(aumento de la excitación)
con más cifras, si pocas, por instantes;	
pero su situación, extrema en suma,	(clímax o máximo volumen y placer)
sin vértice de amor, Holanda espuma.	(eyaculación)

- Otro Hernández poeta es el que emerge con fuerza brutal y dolorida en *El rayo que no cesa*, que Sánchez Vidal considera un libro de crisis.

Efectivamente, en sus poemas podemos rastrear una crisis de crecimiento o desarrollo cultural y de personalidad.

Una crisis de fe que Miguel padece cuando abandona el catolicismo radical que le había imbuido su amigo Sijé, suplantándolo por un panteísmo reforzado tras la lectura de dos libros fundamentales que acaban de aparecer: *Residencia en la tierra*, de Neruda, y *La destrucción o el amor*, de Aleixandre.

Una crisis sentimental que sustituye el amor a la divinidad por el amor a la mujer mientras su pasión carnal eclipsa el amor espiritual; cambio agravado por su continuo rebotar entre el amor sensual que vive con la pintora gallega Maruja Mallo en Madrid (especialmente cuando Miguel sabe interrumpido el diálogo corporal entre ambos), el amor puro y distante a su novia y paisana Josefina (tan condicionado por la religión, las buenas costumbres y el vigilante cotilleo del ambiente rural) y el sentimiento platónico que ha proyectado hacia María Cegarra).

Y una crisis de identidad recogida en el largo poema central del libro, versos desbordados de dolor, resentimiento e instinto de venganza en respuesta al desdén que recibe de Maruja:

Me llamo barro aunque Miguel me llame.  
Barro es mi profesión y mi destino  
que mancha con su lengua cuanto lame.  
.....

Bajo a tus pies un ramo derretido  
de humilde miel pataleada y sola,  
un despreciado corazón caído  
en forma de ala y en figura de ola.

Barro en vano me invisto de amapola,  
.....  
dándote a malheridos aletazos  
sapos como convulsos corazones.

Apenas si me pisas, si me pones  
la imagen de tu huella sobre encima,  
se despedaza y rompe la armadura  
de arrope bipartido que me ciñe la boca  
en carne viva y pura,  
pidiéndote a pedazos que la oprima  
siempre tu pie de liebre libre y loca.

.....  
Harto de someterse a los puñales  
circulantes del carro y la pezuña,  
teme del barro un parto de animales  
de corrosiva piel y vengativa uña.

Teme que el barro crezca en un momento,  
.....  
teme que inunde el nardo de tu pierna  
y crezca más y ascienda hasta tu frente.

Teme que se levante huracanado  
del blando territorio del invierno  
y estalle y truene y caiga diluviado  
sobre tu sangre duramente tierno.

Teme un asalto de ofendida espuma  
y teme un amoroso cataclismo.  
Antes que la sequía lo consuma  
el barro ha de volverte de lo mismo.

San Juan de la Cruz, Quevedo, miembros de la Escuela de Vallecas (el escultor Alberto Sánchez –en sus conversaciones con el poeta y a través de un escrito con valor de manifiesto-, los pintores Benjamín Palencia y la misma Maruja Mallo) dejan su impronta en este libro. Pero el talento, la emotividad y la fuerza bruta del aliento poético de Miguel metabolizan

muy bien esas influencias hasta hacer de *El rayo que no cesa* la primera obra marcadamente hernandiana.

Siguiendo el consejo de Ferris, conviene que nos fijemos en el trasvase de palabras que el texto de Alberto Sánchez aporta al mundo de nuestro poeta. El escultor escribe:

“Me dicen ciudad. Y yo respondo...: el campo. Con las emociones de las **gredas**, las arenas y los cuarzos [...]; que todo tenga olor de **tormentas** y de **rayos** partiendo **higueras** [...] Y cuando, salpicado de **barro**, voy pisando los negros abismos y un ala misteriosa roza los oídos, ver y sentir la noche cerrada en durísima y trepidante **tormenta**, guiado por la líneas blancas de los **rayos**, seguido de lechuzas, mochuelos y cornejas cantando, y el **viento** cortando mis pasos. Que mi aturdimiento me haga caer por los **barrancos**...”

- Aparece después el poeta-soldado, torrencial, enardecido, entregado a la causa republicana, incluso panfletario en su lenguaje insultante contra el enemigo; un poeta efervescente, maduro y transformado por las violentas circunstancias del golpe de Estado del 18 de julio de 1936, cuando él tiene 25 años.

El propio Miguel confiesa: “No había sido hasta ese día un poeta revolucionario [...] Había escrito versos y dramas de exaltación del trabajo y de condenación del burgués, pero el empujón definitivo que me arrastró a esgrimir mi poesía en forma de arma combativa me lo dieron los traidores, con su traición, aquel iluminado 18 de julio...Entiendo que todo teatro, toda poesía, todo arte, ha de ser, hoy más que nunca, un arma de guerra.”

Su poesía en la guerra queda reunida en los libros *Viento del pueblo* y *El hombre acecha*.

En *Viento del pueblo* encontramos una poesía de acción: clara, directa, transparente, que mueve el pensamiento, conmueve los sentimientos y remueve las conciencias. Brillan en este libro el optimismo y la esperanza en medio de esa lluvia que golpea su frente con duras gotas que no son de granizo sino de sangre.

Leo un fragmento del poema “Vientos del pueblo”:

Vientos del pueblo me llevan,  
vientos del pueblo me arrastran,  
me esparcen el corazón  
y me aventan la garganta.

.....  
No soy de un pueblo de bueyes,  
que soy de un pueblo que embargan  
yacimientos de leones,  
desfiladeros de águilas  
y cordilleras de toros  
con el orgullo en el asta.  
Nunca medraron los bueyes  
en los páramos de España.

¿Quién habló de echar un yugo  
sobre el cuello de esta raza?  
¿Quién ha puesto al huracán  
jamás ni yugos ni trabas,  
ni quién al rayo detuvo  
prisionero en una jaula?

.....  
Si me muero, que me muera  
con la cabeza muy alta.  
Muerto y veinte veces muerto,  
la boca contra la grama,  
tendré apretados los dientes  
y decidida la barba.

Poesía de agitación, poesía útil, destinada a ser leída de viva y exaltada voz en el frente de batalla, consciente de su intrínseca fuerza de arrastre.

Poesía para infundir los más altos valores de la vida a quienes luchan por transformar una realidad injusta en un futuro mejor para los hijos.

Poesía de proselitismo, enaltecida, llena de arrojo, valentía y optimismo para levantar el ánimo de los soldados. Poesía cargada incluso de rabia, burla y desprecio hacia el enemigo, como podemos observar en “Los cobardes”:

### LOS COBARDES

Hombres veo que de hombres  
sólo tienen, sólo gastan  
el parecer y el cigarro,  
el pantalón y la barba.

En el corazón son liebres,  
gallinas en las entrañas,  
galgos de rápido vientre,  
que en épocas de paz ladran  
y en épocas de cañones  
desaparecen del mapa.  
Estos hombres, estas liebres,  
comisarios de la alarma,  
cuando escuchan a cien leguas  
el estruendo de las balas,  
con singular heroísmo  
a la carrera se lanzan,  
se les alborota el ano,  
el pelo se les espanta.  
Valientemente se esconden,  
gallardamente se escapan  
del campo de los peligros  
esas fugitivas cacas,  
que me duelen hace tiempo  
en los cojones del alma.

¿Dónde iréis que no vayáis  
a la muerte, liebres pálidas,  
podencos de poca fe

y de demasiadas patas?  
¿No os avergüenza mirar  
en tanto lugar de España  
a tanta mujer serena  
bajo tantas amenazas?

El poema más hondo, conmovedor y de mayor calidad del libro es “Canción del esposo soldado”, escrito en el Frente cuando Josefina le anuncia que está embarazada de su primer hijo, Manuel Ramón, nacido en diciembre de 1937. Dicho poema lo musicó y canta Adolfo Celdrán:

### CANCIÓN DEL ESPOSO SOLDADO

He poblado tu vientre de amor y sementera,  
he prolongado el eco de sangre a que respondo  
y espero sobre el surco como el arado espera:  
he llegado hasta el fondo.

Morena de altas torres, alta luz y altos ojos,  
esposa de mi piel, gran trago de mi vida,  
tus pechos locos crecen hacia mí dando saltos  
de cierva concebida.

Ya me parece que eres un cristal delicado,  
temo que te me rompas al más leve tropiezo,  
y a reforzar tus venas con mi piel de soldado  
fuera como el cerezo.

.....

Escríbeme a la lucha, siénteme en la trinchera:  
aquí con el fusil tu nombre evoco y fijo,  
y defiendiendo tu vientre de pobre que me espera,  
y defiendiendo tu hijo.

Nacerá nuestro hijo con el puño cerrado,  
envuelto en un clamor de victoria y guitarras,  
y dejaré a tu puerta mi vida de soldado  
sin colmillos ni garras.

Es preciso matar para seguir viviendo.  
Un día iré a la sombra de tu pelo lejano,  
y dormiré en la sábana de almidón y de estruendo  
cosida por tu mano.

Tus piernas implacables al parto van derechas,  
y tu implacable boca de labios indomables,  
y ante mi soledad de explosiones y brechas  
recorres un camino de besos implacables.

Para el hijo será la paz que estoy forjando.  
Y al fin en un océano de irremediables huesos,  
tu corazón y el mío naufragarán, quedando  
una mujer y un hombre gastados por los besos.

El otro libro de poesía bélica es *El hombre acecha*, escrito entre 1937 y 1938.

En él desaparece el optimismo y se diluye la esperanza. Crece el acento épico para mantener, al menos, vivo el efecto propagandístico en sus versos.

Cuando estaba preparando la edición del mismo, una nueva tragedia sacude su vida: Manuel Miguel, víctima de problemas de alimentación y de una infección intestinal, muere con diez meses, el 19 de octubre de 1938.

Es la época de su participación en el Frente de Teruel y del viaje a la URSS, inspirador del poema “Rusia”, que comienza:

En trenes poseídos de una pasión errante  
por el carbón y el hierro que los provoca y mueve,  
y en tensos aeroplanos de plumaje tajante

recorro la nación del trabajo y la nieve.

.....

Alude a la acogida de niños españoles por parte de la gran nación comunista:

Aquí está Rusia entera vestida de soldado,  
protegiendo a los niños que anhela la trilita  
de Italia y de Alemania bajo el sueño sagrado,  
y que del vientre mismo de la madre los quita.

Dormitorios de niños españoles: zarpazos  
de inocencia que arrojan de Madrid, de Valencia,  
a Mussolini, a Hitler, los dos mariconazos,  
la vida que destruyen manchados de inocencia.

Para terminar:

Rusia y España, unidas como fuerzas hermanas,  
fuerza serán que cierre las fauces de la guerra.  
Y sólo se verán tractores y manzanas,  
panes y juventud sobre la tierra.

En la ciudad de Jarko, Miguel asiste “al nacimiento multiplicado, numeroso, rápido del tractor”. Y escribe el “La fábrica-ciudad”, que comienza así:

Son al principio un leve proyecto sobre planos,  
propósitos, palabras, papel, la nada apenas,  
esos graves tractores que parten de las manos  
como ganaderías sólidas con cadenas.

- Llegamos ya al último de los poetas que conviven en nuestro poeta. Es el autor del *Cancionero y romancero de ausencias*. Este libro recoge sus últimos poemas, escritos en prisión, que ya no vería publicados en vida.

Estamos ante el Hernández más esencial en la forma y más metafísicamente existencial en los temas.

Resulta invasivo el tema del sentimiento de ausencia que desemboca en la más estéril soledad por la falta de libertad, de la amada, del hijo. Sentimiento recogido con gran expresionismo torturado en este poema mínimo:

¿Cuándo vas a volver?  
¡Cuando sean gusanos  
las manzanas de ayer!

El amor, la vida y la muerte son los motivos que acaban haciéndole dueño de una cosmovisión propia. Cosmovisión plasmada en el poema “Llegó con tres heridas”:

Llegó con tres heridas:  
la del amor,  
la de la muerte,  
la de la vida.

Con tres heridas viene:  
la de la vida,  
la del amor,  
la de la muerte.

Con tres heridas yo:  
la de la vida,  
la de la muerte,  
la del amor.

El libro se asoma al aire popular de la canción y apuesta por el adelgazamiento del verso. Síntesis e intensidad expresiva hacia una portentosa profundidad de contenido.

Este *Cancionero y Romancero* nos muestra, en numerosos textos, la obsesión de Miguel por el hijo muerto. Como apreciamos en el titulado “A mi hijo”, con este inicio:

Te has negado a cerrar los ojos, muerto mío,  
abiertos ante el cielo como dos golondrinas

.....  
O en este otro, brevísimo:

Muerto mío.  
Te has ido con el verano.  
¿Sientes frío?

Obsesión también por el nuevo hijo que va a nacer (esta vez reparadora y gratificante frente a tanta desolación). Un nuevo hijo al que verá en contadas ocasiones y por quien su preocupación es tanta (conocedor de las penurias que sufre Josefina para alimentarle) que, presa del dolor y erguido por el amor de padre, escribe en la cárcel el estremecedor poema conocido como “Nanas de la cebolla”, uno de los más populares del *Cancionero y romancero de ausencias*:

La cebolla es escarcha  
cerrada y pobre:  
escarcha de tus días  
y de mis noches.  
hambre y cebolla:  
hielo negro y escarcha  
grande y redonda.

En la cuna del hambre  
mi niño estaba.  
Con sangre de cebolla  
se amamantaba.  
Pero tu sangre,  
escarchada de azúcar,  
cebolla y hambre.

Una mujer morena,  
resuelta en luna,  
se derrama hilo a hilo  
sobre la cuna.  
Ríete, niño,  
que te tragas la luna  
cuando es preciso.

.....

Tu risa me hace libre,  
me pone alas.  
Soledades me quita,  
cárcel me arranca.  
Boca que vuela,  
corazón que en tus labios  
relampaguea.

.....

Desperté de ser niño.  
Nunca despiertes.  
Triste llevo la boca.  
Ríete siempre.  
Siempre en la cuna,  
defendiendo la risa  
pluma por pluma.

.....

Al octavo mes ríes  
con cinco azahares.  
Con cinco diminutas  
ferocidades.  
Con cinco dientes  
como cinco jazmines  
adolescentes.  
Frontera de los besos  
serán mañana,  
cuando en la dentadura  
sientas un arma.  
Sientas un fuego  
correr dientes abajo  
buscando el centro.

Vuela niño en la doble  
luna del pecho.  
Él, triste de cebolla.  
Tú, satisfecho.  
No te derrumbes.  
No sepas lo que pasa  
ni lo que ocurre.

Cerraré mi intervención recordando el verso del gran escritor y amigo aragonés José Luis Alegre Cudós, que dice: “Un poeta no nace de la nada”.

La distancia entre quien es poeta incluso contra su voluntad y quien no lo es, incluso pese la voluntad de serlo, es insalvable.

El poeta que lo es está marcado por algo o alguien que produjo en su espíritu una conmoción de la que necesita liberarse: para ello, consciente o inconscientemente, utiliza la poesía como exorcismo.

Miguel Hernández Gilabert llegó a ser el extraordinario poeta que es y que aquí nos convoca porque tenía todas las convenientes e imprescindibles cualidades para serlo. A mi modesto entender:

- Conocimiento de la verdad del mundo, de su mundo y del mundo de la verdad.
- Exacerbado poder fotográfico de observación.
- Poderosa fuerza asociativa entre imágenes y conceptos, entre ideas y palabras, entre palabras y musicalidad.
- Capacidad de asombro.
- Don del lenguaje y de creación del mismo.
- Talento verbal.
- Contundencia expresiva y comunicativa.
- Desbordante imaginación.
- Experiencia empírica de la Naturaleza.
- Sabiduría rural.
- Criterio personal.
- Base cultural y literaria suficiente.
- Necesidad y deseo de relacionarse con el ambiente intelectual, artístico y literario de su tiempo.
- Resistencia frente a la adversidad.
- Generosa inclinación a la solidaridad.

- Inquebrantable autoestima.
- Afán de saber y de superación.
- Decidido atrevimiento con el silencio, con la soledad, consigo mismo, con las multitudes, con el dolor y en el placer.
- Infinita voluntad de ser, de ser poeta.

Muchas gracias por vuestra atención.  
Y hasta siempre.

## BIBLIOGRAFÍA

- ALTOLOAGUIRRE, Manuel, *Noticias sobre Miguel Hernández*, Edit. Altolaguirre, La Habana, 1939.
- BRAVO MORATA, Federico, *Miguel Hernández*, Fenicia, Madrid, 1979.
- FERRIS, José Luis, *Miguel Hernández: Pasiones, cárcel y muerte de un poeta*, Temas de hoy, Madrid, 2002.
- GIBSON, Ian, *Cuatro poetas en guerra*, Barcelona, 2008.
- HERNÁNDEZ, Miguel, *Obra Completa, I Poesía*, edición crítica de Agustín Sánchez Vidal y José Carlos Rovira, Espasa-Calpe, Madrid, 1992.
- HERNÁNDEZ, Miguel, *El rayo que no cesa*, prólogo de José M<sup>a</sup> de Cossío, Espasa - Calpe, Madrid, 1949.
- HERNÁNDEZ, Miguel, *Epistolario*, introducción y edición de Agustín Sánchez Vidal, prólogo de Josefina Manresa, Alianza, Madrid, 1986.
- HERNÁNDEZ, Miguel, *Viento del pueblo* (1937), edición facsímil, Ediciones de la Torre, Madrid, 1992.
- VV.AA., *Presente y futuro de Miguel Hernández*, Actas del II Congreso Internacional, Fundación Cultural Miguel Hernández, Orihuela, 2004.
- ZARDOYA, Concha, *Miguel Hernández. Vida y obra*, Hispanic Institut, Nueva York, 1955.